

Capítulo I: Una noche al raso

La noche se acercaba a su final en un bosque cualquiera del Viejo mundo. El frío despertó a Rodrigo. Se incorporó y la luz de las últimas estrellas reverberó en sus ojos.

Era un muchacho esbelto, de rostro agradable, con ojos profundos y acogedores. Sus rasgos eran finos y su constitución vigorosa. A su lado dormitaban varios hombres de piel curtida. Rodrigo se sentó en una gran piedra mientras el sol iluminaba los tejados de la aldea de Fuentes Blancas. Amanecía.

Una sombra se cernió sobre él a toda velocidad.

—¡Cuidado a retaguardia! —gritó una voz—, Y casi al tiempo un cuero de vino estalló a pocos pasos salpicando de gotitas encarnadas las peñas y zarzas de alrededor.

—¡Pero, estás loco o qué te pasa, Gonzalo! Casi me das...

El muchacho de cabello negro ensortijado reía detrás de Rodrigo. Uno de los pastores, puesto en pie, lo disculpó con aire de cansancio.

—Era un pellejo de vino picado, señor Rodrigo. No lo tome en cuenta. Ya lo conoce...

Rodrigo y Gonzalo eran amigos inseparables. Tenían poco más o menos la misma edad. Rodrigo era el mayor de los hijos del señor de Fuentes Blancas y Gonzalo un mozo a su servicio. Sin parientes conocidos, en cierta forma, el pueblo de Fuentes Blancas era su familia. Para su edad era muy desenvuelto y tenía la sagacidad de quien se gana la vida sin más ayuda que su ingenio.

En el campamento de los pastores humeaba un cazo. Los chicos se sentaron con ellos y después de calentarse un poco fueron camino abajo.

—¿Cuándo llegarán los primeros? —dijo Gonzalo, propinando un puntapié a una piedra.

—Creo que al anochecer. El Consejo empieza mañana.

—Algo serio...

—No lo sé. Ya viste el ajetreo de estas últimas semanas.

Así era. Los alrededores del castillo de Fuentes Blancas vibraban llenos de actividad. Llegaban correos, los caballos relinchaban en las cuadras y partían jinetes a toda velocidad.

Se despidieron y cada cual fue a sus tareas: Rodrigo a sus estudios y Gonzalo a la fragua del herrero.

Tras los muros del alcázar también reinaba una gran agitación. Sirvientes que iban y venían. Limpiaban ventanas, ordenaban alacenas y preparaban alcobas para los huéspedes que estaban a punto de llegar.

Pero en la sala de armas se había detenido el tiempo. Cuando Rodrigo entró, vio a su padre preocupado, y a su madre bordar en silencio. Su madre, señora de Fuentes Blancas, le sonrió con dulzura. Era muy hermosa. Con cariño le preguntó.

—¿Cómo pasaste la noche, hijo? ¿Tuviste frío?

—No, madre. Fue magnífico. Las estrellas se veían muy claras; casi se podían tocar...

–Rodrigo, hijo... –lo interpeló su padre desde el extremo del salón.

–¿Sí, padre...?

–Mañana asistirás a la reunión del Consejo de la familia. Ya tienes edad y tu tío Alvaro tiene algo importante que contarnos.

Charlaron un poco más y Rodrigo se retiró para asistir a sus clases. Su educación como futuro caballero, la espada y los libros, lo ocupaban muchas horas del día. Pero aquella mañana no pudo concentrarse.

No había pasado mucho tiempo cuando su maestro, desesperado por la falta de atención de su pupilo, decidió terminar antes de la hora.

¡Justo lo que Rodrigo deseaba! Como una exhalación voló hacia la herrería para encontrarse con Gonzalo. Llegó y se plantó en medio de los vapores de la fragua. Era una situación divertida. Un muchacho vestido de lino blanco frente a otro sudoroso, cubierto de carbonilla, que golpeaba un hierro al rojo vivo.

–¡Tenemos que hablar! –dijo nervioso Rodrigo.

–¿Ahora? –replicó su amigo.

–Sí, ahora –dijo Rodrigo imperativo.

Gonzalo se limpió el sudor y salió a la calle empedrada.

–Estoy preocupado –dijo Rodrigo cruzando los brazos–. Tengo el presentimiento de que algo no va bien. No sé el qué, aparentemente todo sigue igual, pero mi padre está muy serio y quiere que asista a la reunión del Consejo.

–¡Si es lo que querías! –replicó Gonzalo–. Llevas más de un mes quejándote porque tus primos estaban invitados y tú no...

–Sí, pero no me gusta. Está apareciendo mucha gente extraña...

Tuvieron que interrumpir la conversación y apartarse del camino porque un grupo de soldados se acercaba al galope. Al frente del pelotón cabalgaba un hombre vestido de negro con un pergamino en la mano. Los jinetes cruzaron como un rayo delante de los chicos y se perdieron en una nube de polvo hacia el castillo.

–¿Lo ves? Vámonos a pescar. Necesito estar tranquilo. Hoy ya no tengo más clases.

Gonzalo resopló ruidosamente. Rodrigo puso cara de extrema necesidad y luego ambos muchachos rieron alegremente. El verano había quemado sus rostros juveniles y los dos irradiaban energía.

–De acuerdo –dijo resignado Gonzalo–, iré a recoger los aparejos.

Fueron hasta un pequeño páramo cerca del río y se tumbaron entre la hierba amontonada tras la siega. Al cabo de un rato, se levantaron y echaron al agua los anzuelos. Apenas se había hundido el corcho de Gonzalo por primera vez cuando aparecieron varios chicos de su cuadrilla. Habían estado limpiando las caballerizas y volvían a casa. Al verlos, se unieron a ellos. Apreciaban a Rodrigo –al igual que todos los que lo conocían– por su trato y buen carácter. Y él se sentía feliz en aquel lugar.

Al caer la tarde regresó junto a su padre y le ayudó a ordenar unos legajos. Cenaron y cada uno se retiró a su cuarto. Tardó en conciliar el sueño. Tendido en la cama, con los ojos abiertos y los brazos cruzados detrás de la cabeza, desfilaban en su imaginación los caballeros que acudirían al Consejo. Se durmió con la vaga sensación de que algo importante estaba a punto de suceder. Y no se equivocó.

Capítulo II: El Consejo

Un gallo cantó. Y luego otro. La mañana era fresca y el cielo de un azul intenso. En la fachada de la casa de Fuentes Blancas lucía el escudo familiar bordado en oro y grana. Las banderas y estandartes flameaban en la torre principal. Los señores, elegantemente vestidos de raso, saludaban a los recién llegados mientras los criados recogían equipajes y acomodaban las caballerías. Una nube de polvo en el horizonte anunciaba nuevas comitivas.

Hasta el mediodía, equilibristas, malabares y concursos de ballesta sirvieron de entretenimiento a los convocados a la reunión.

Los juegos terminaron y en el castillo de Fuentes Blancas comenzó el banquete. Vino y carnes exquisitamente asadas pasaban por delante de los invitados en bandejas de alpaca. Al terminar los postres, los varones se retiraron a la sala de armas.

El padre de Rodrigo tomó la palabra:

—Me alegra que hayamos podido reunirnos todos —carraspeó ligeramente mientras barría la sala con la mirada—, porque el asunto es importante.

Rodrigo, al escuchar estas palabras, se hundió un poco en su escaño.

—Vuestro tío Alvaro —prosiguió su padre— ha recibido una misión muy especial del Rey y ha de viajar al Nuevo mundo. Necesita un escudero y me pregunto si algún miembro de la familia quiere acompañarlo. Será un viaje peligroso, pero nos conviene apoyarlo porque hay quien ha puesto en duda nuestra lealtad hacia Su Majestad.

Todos escuchaban en silencio. El anfitrión continuó su discurso.

–Sabéis la influencia que ahora tiene el conde de Santovenia y cómo está maniobrando para acusarnos de traición a Su Majestad... El conde ha codiciado durante mucho tiempo nuestra hacienda... y ahora ve la oportunidad de vengarse. De hecho, ya ha reclamado nuestros bienes –dijo desplegando un documento– y ha solicitado nuestro destierro. Os pido que alguno de vosotros –dijo mirando a los más jóvenes– acompañe a vuestro tío, pues de lo contrario irá el hijo del Conde, que ya se ha ofrecido para ello. El capitán Irati os lo explicará mejor que yo.

Silencio. Los caballeros reunidos en el Consejo eran hombres curtidos, forjados en la dureza de la frontera. Entre ellos, Rodrigo destacaba por su juventud y apostura. Nunca había asistido a una reunión como aquella y se sentía sobrecogido. Cuando miró a sus primos, le pareció que de repente se habían puesto pálidos.

Por fin habló Alvaro de Irati, marino y capitán de la Armada Real:

–Me habéis invitado a esta reunión y esto es lo que tengo que deciros: preferiría llevar como escudero a alguien de la familia, pero no deseo forzar a nadie. Cada cual debe elegir su camino...

Rodrigo miró a sus primos de reojo, que se agitaban inquietos en sus asientos.

El capitán prosiguió:

–Se ha abierto un Nuevo mundo más allá de estas tierras asoladas por la guerra. Yo embarcaré pronto. Habrá oportunidades para conseguir fama y oro con el que pagar las deudas contraídas por la causa del Rey... Si alguien quiere acompañarme,

será bienvenido. Pensadlo y dadme contestación mañana, pues no tardaré en partir.

Acabó la reunión. Cuando todos se marcharon, Rodrigo abandonó el salón meditabundo. Estaba desasosegado y salió al jardín para respirar aire fresco. La luz del mediodía había cedido paso a una claridad crepuscular. Las primeras estrellas de la noche se encendieron.

Paseó entre las encinas y se detuvo. Era un anochecer cálido. Su padre, que había salido a su encuentro, se puso a su lado y lo rodeó con el brazo.

—¿En qué piensas, Rodrigo?

—No sé, padre... no entiendo bien la situación.

El señor de Fuentes Blancas respiró profundamente. Era un hombre noble y de buena presencia. Tenía la misma luz que reflejaban los ojos de Rodrigo y la energía serena de la madurez. Sonrió. Rodrigo no sonreía pero se sentía mucho mejor desde que llegó su padre.

—Así son las cosas, hijo. Antes o después aparecen las dificultades. Pero no permitas que te acobarden. Si las afrontas con ánimo, te harán fuerte.

—Sí, pero... ¿Qué debo hacer?

—Nada que no quieras. Eres muy joven. Quiero que crezcas y que te hagas un hombre.

—¿Y nuestra casa?

Don Rodrigo volvió a respirar profundamente antes de responder:

—No lo sé. Hemos jurado lealtad al rey y mantendremos nuestra palabra, en la batalla y en la paz.

—Pero podemos perderlo todo...

–Sí, Rodrigo. Y es muy posible que lo perdamos. Pero hay cosas que nadie puede quitarnos si nosotros no queremos.

Don Rodrigo acarició la mejilla de su hijo.

–Vamos, que tu madre te espera para cenar.

Era un jardín muy hermoso. En los muros almenados que lo rodeaban, colgaba la hiedra y florecían jazmines blancos.

Cuando entró en el comedor, sus tres hermanos menores se revolvían traviosos en sus sillas. El pequeño saltó:

–¿Es verdad que el tío Irati va a ir al Nuevo mundo?

–Eso dice.

–¿Y qué hay allí?

–Monstruos y gigantes que se comen a los niños que no se toman la cena... –terció su hermana con voz tenebrosa.

–¡Eres tonta! –respondió enfadado el pequeño.

–Vamos, Elena, no hagas rabiar a tu hermano –cortó su madre.

Rodrigo estaba callado. Se tomó la sopa pero se le fue la imaginación a los gigantes de muchos ojos de los que hablaba su hermana. Después de la cena se levantó y les dijo a sus padres que iba a dar una vuelta por la aldea. Necesitaba ordenar el torbellino de pensamientos que bullían en su cabeza. Había sido un día lleno de emociones intensas.

Sentado en el escabel de la fuente, Rodrigo escuchaba el rumor del agua sobre la piedra. La noche estaba y las estrellas iluminaban el firmamento. La plaza empedrada resplandecía mágica y plateada bajo la luna. Pensaba que desde aquella larga jornada ya no tenían sentido sus juegos de chiquillo.

Así estaban las cosas cuando Gonzalo se sentó a su lado. Se miraron y pasaron largo tiempo en silencio. Al fin, Rodrigo le contó las deliberaciones del Consejo. Gonzalo escuchó y luego dijo pausadamente:

–Quieres hacer algo, ¿verdad? –Rodrigo asintió.

–Quizás en el que llaman Nuevo mundo tendríamos una oportunidad... –prosiguió Gonzalo. Y calló. Luego, miró a Rodrigo fijamente y continuó –pues entonces, iremos a ese Nuevo mundo con tu tío. Ganaremos un montón de ducados... ¡Y que se prepare Santovenia cuando regresemos!

–Mañana hablaremos con tu padre –sentenció Gonzalo. Y Rodrigo asintió.

La decisión estaba tomada.

–¿Vamos hasta el río? –propuso Rodrigo.

Llegaron. El agua fluía con un rumor constante. Hablaron de la gran travesía que los conduciría a tierras desconocidas. Era una locura, pero en el silencio de aquella noche empezó esta historia.

Capítulo III: La Venta del Tuerto

Contrariamente a lo que Rodrigo suponía, su padre no le puso grandes objeciones. Se enorgullecía de que su primogénito mostrara valor y decisión.

Rodrigo pasó varios días preguntando sobre el Nuevo mundo a vecinos, maestros y conocidos. Gonzalo, por su parte, visitó los pueblos de los alrededores con la misma intención.

–¿Te das cuenta del lío en que vamos a meternos? –rezongó Gonzalo.

–Pues, exactamente no. Pero muchos han vuelto cargados de honores y fortuna...

–Ya, pero, ¿y si...?

–Y si... ¿Qué? –respondió Rodrigo, perdiendo la paciencia.

–Pues eso, si... –balbucía Gonzalo haciendo gestos confusos.

Volvieron a discutir sobre los peligros que les aguardaban. El viaje por mar no era el menor. Además de la incertidumbre de la travesía, estaban las legiones de corsarios y piratas. Por eso, el tráfico se había organizado en grandes flotas.

Si te ha gustado puedes adquirir el libro pulsando en este enlace: <https://bibliotecaonline.es/producto/la-luz-de-darien-julio-jimenez-bonilla/>